

MEDITACIONES EN LAS POSTRIMERIAS DE LA ILUSTRACION: LAS RUINAS DE PALMIRA DEL CONDE DE VOLNEY

Luis Puelles Romero
Universidad de Cádiz

Entonces el grupo pequenísimo dijo:
“Todo está perdido, la multitud se halla
ilustrada” (p. 98).

Atendiendo brevemente a los títulos producidos por el conde de Volney, son varios los específicamente dedicados a condensar observaciones del autor en los muchos viajes que por gusto aventurero o por ruegos del Estado quiso y debió emprender (1). Sin embargo, nuestra lectura se va a centrar en su libro más celebre y no el más viajero, *Les ruines, ou méditations sur les révolutions des empires* (2), y esto por dos razones. Primero, porque el propio conde utiliza el escenario que le brindan las ruinas de Palmira como pretexto para escribir sobre cuestiones que nada tienen que ver con el lugar, por lo que bien pudiera haber prescindido de dicha referencia a tan lejanos parajes. Digamos que su aparente falta de *justificación* ha despertado nuestra curiosidad, que así se justifica. La segunda razón es que, si efectivamente poca luz hallaremos en esta obra sobre costumbres exóticas y descripciones pintorescas, creemos que el libro ofrece suficiente interés para presentarse aquí. El mayor valor de *Les ruines* se encuentra en los rasgos de su carácter filosófico, al reunirse en ella gran parte del cuerpo de problemas que durante un siglo —y que con este libro, aparecido dos años después del surgimiento de la Revolución, se acerca a su fin— despertaron la atención de los pensadores ilustrados.

(1) La bibliografía de viajes producida por el conde de Volney es: *Voyage en Egypte et en Syrie* (1787), *Les ruines, ou méditations sur les révolutions des empires* (1791), *Précis de l'état actuel de la Corse* (1793), *Tableau du climat et du sol des Etats-Unis* (1803).

(2) La obra fue editada en 1791. Para la elaboración de este artículo se ha utilizado la edición castellana *Meditación sobre las ruinas* (Londres, 1818).

Para una aproximación más clara, hemos creído útil dividir estas páginas en cinco apartados. Los dos iniciales atenderán respectivamente a la figura política e intelectual del conde de Volney, y al perfil literario y asunto general de *Les ruines*; los tres siguientes servirán para exponer las opiniones del autor en lo concerniente a las tres líneas temáticas que recorren la obra: hombre, sociedad y religión.

CONSTANTIN-FRANCOIS CHASSEBOEUF, CONDE DE VOLNEY

El dos de abril de 1764 el anciano Voltaire escribe una carta a Chauvelin en la que vaticina la pronta llegada de una revolución, de la que no tendrá el placer —escribe— de ser testigo (3). También Rousseau está de acuerdo con su adversario intelectual en la esperanza de importantes cambios. De los padres ilustrados, sólo Condorcet (1743-1794) asistió al estallido revolucionario, el mismo que le lleva a morir en prisión. Más joven que el autor del *Bosquejo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano*, el conde de Volney (1757-1820) tuvo un papel de participación activa relativamente importante. Ocupó un puesto distinguido en la Asamblea Constituyente (1789-1791) mostrando su adhesión a las nuevas ideas, y perteneció al partido girondino, lo cual le condujo a pasar algún tiempo en la cárcel durante la época del poder jacobino. Liberado con el golpe de estado de Termidor (1794), Volney impartió un curso de historia en la Escuela Normal, recién fundada por la Convención. En 1795, viaja a América donde fue bien acogido por Washington, pero suspicacias con el nuevo presidente, John Adams, le obligan a volver a Francia en 1798. Aquí fue solicitado por el Consulado, que lo hizo senador, pero las tendencias absolutistas del gobierno napoleónico no encontraron su aceptación. Junto a Lanjuinais, Destutt de Tracy y algunos otros, Volney formó parte del grupo de senadores que desaprobaron la política imperial.

Intelectualmente, se adscribió a la tesis de la llamada “Escuela de los Ideólogos”, representada por Destutt de Tracy y Cabanis, entre otros. El proyecto de este grupo era la fundación de una “ideología” antimetafísica inspirada en las teorías sensualistas de Condillac, una ciencia de las ideas tomando a éstas como derivadas de las sensaciones.

LAS RUINAS, O MEDITACIONES SOBRE LAS REVOLUCIONES DE LOS IMPERIOS

“Fijando toda mi atención en lo que concierne a la felicidad de los hombres en el estado social, entraba en los pueblos, y estudiaba las costumbres de sus habi-

(3) “Todo lo que veo arroja las semillas de una revolución que llegará indefectiblemente y de la que no tendré el placer de ser testigo; los franceses llegan tarde a todo, pero al fin llegan” (*Carta a Chauvelin del 2-IV-1764*), citado por Arsenio Ginzo en *La ilustración francesa. Entre Voltaire y Rousseau*, ed. Cíncel, Madrid, 1985. El comentario de Rousseau a este respecto puede verse en *Emilio o la educación*, ed. Bruguera, Barcelona, 1979, pp. 282-283.

tantes" (4). Tras comunicar al lector las circunstancias de tiempo y lugar en que nacieron las meditaciones (5), el texto se inicia en primera persona y con un estilo sereno propicio para expresar las ensoñaciones y los sentimientos de nostalgia provocados por la visión de un paisaje de ruinas, restos que Volney penetra para evocar épocas pasadas de gloria y tumulto. "En estos muros, donde reina hoy día un silencio tan tétrico, resonaron el eco de las artes y los gritos alegres de las festividades públicas" (6). Pensamientos tristes que llevan al conde a preguntarse por la razón de tanta decadencia. Sólo motivos para nosotros incomprensibles pueden conducir a Dios a arrojar sobre tanto esplendor humano la fatalidad de sus designios. Razones divinas y veladas a la luz de los hombres han puesto un triste final a ciudades llenas de felicidad. Estando persuadido por esta creencia supersticiosa, que el autor trae a sus primeras páginas para combatir y refutar, aparece en el tercer capítulo un recurso argumental que oponiéndose a dicha creencia de la tradición religiosa refuerza la tesis de toda la obra, el desapego de las leyes naturales como principio de ignorancia y, con ella, de desgracias acaecidas a los pueblos humanos: la aparición de un fantasma por cuya boca se esgrime la razón contra el fanatismo, la recuperación del orden natural como única posibilidad de felicidad. El recurso del fantasma permitirá a Volney levantar una estrategia de oposición razón (acercamiento a las leyes naturales), ignorancia (alejamiento de las enseñanzas de la naturaleza) que irá dando explicación de nuestros males, a la vez que permite una vivacidad en el estilo que terminará alcanzando el furor de un panfleto. La tesis general que en el libro se sostiene se ajusta a uno de lo más importantes lemas ilustrados: "Que conozca el hombre esas leyes; que comprenda la naturaleza de los seres que le rodean, y su naturaleza propia, entonces conocerá los motores de su suerte, y sabrá cuáles son las causas de sus males, y cuáles pueden ser los remedios" (7).

La presencia de un fantasma, al que en ocasiones llama "genio" y que irá tomando al paso de las páginas mayor protagonismo argumental, permite a Volney contrastar la sabiduría –representada por el fantasma, una especie de mensajero de la verdad obtenida vía razón– proporcionada por la observación de las causas del devenir de la naturaleza y la ignorancia alimentada por la creencia supersticiosa en un Dios despiadado que lanza grandes males al mundo. La sabiduría del fantasma nos hace comprender "el idioma del raciocinio" para acceder, a través de él, al conocimiento del orden verdadero, el de la naturaleza.

(4) Pág. 1, ed. cit.

(5) Escribe Volney en la apertura del cap. I ("El viaje"): "El año undécimo del reinado de Abd-ul-Hamid, hijo de Ahmedo, emperador de los Turcos; cuando los Rusos victoriosos se apoderaron de la Krimea; y plantaron sus banderas en frente de Constantinopla, viajaba yo por el Imperio de los Otomanos, y recorría las provincias que en otro tiempo formaron los reinos de Egipto y de Siria". Se refiere al año 1784.

(6) Págs. 4-5, ed. cit.

(7) Pág. 25, ed. cit.

De este modo, Dios deja de ser la instancia a la que acudir a la busca de una explicación a la desgracias humanas. A partir de ahora —ésta es la gran revelación del pensamiento ilustrado— sólo el esfuerzo humano por conocer racionalmente la causa de sus males será el responsable de la historia. La responsabilidad ante el curso de la historia pasa a las manos del hombre, erigido autor de su destino. Este trasvase en la atribución de la responsabilidad, que en términos teóricos supone la declinación de la teodicea en beneficio de la naciente Filosofía de la historia, servirá como punto de partida de las reflexiones y proclamas ilustradas que el autor despliega a lo largo de los capítulos siguientes.

Al transcurso de la lectura podrán ir sumándose las respuestas del genio hasta formar una colección de lemas de la filosofía del Siglo de las Luces. Este libro postrimero termina por ser un catecismo para la felicidad terrenal. Es por esto que nos proponemos observar en los apartados que siguen hasta dónde es Volney heredero fiel y transmisor —no demasiado original— del legado de problemas y respuestas que los pensadores franceses del siglo que con el conde se cierra supieron formular y responder.

HOMBRE Y NATURALEZA: LA NATURALEZA DEL HOMBRE

Empezaremos haciendo una observación. Creemos que las opiniones ofrecidas por Volney acerca de la naturaleza humana tienen como objetivo fijar unas pocas premisas —las cuales traerán importantes derivaciones morales, que Volney utilizará abundantemente— que le faciliten un acercamiento más completo a la cuestión para él esencial: la fundación y desarrollo de las sociedades humanas, y el establecimiento de los gobiernos. Por tanto, los pocos comentarios sobre el animal humano que aparecen en *Les ruines* tienen un valor subsidiario y relativo al verdadero problema, el de las razones que conducen a los hombres a agruparse en sociedad. El autor aborda la naturaleza del hombre adscribiéndose al método genético o de evolución tan usado en la época, el cual le va a permitir exponer la situación de los hombres en dos momentos de su historia, antes y después de la creación de comunidades. Así el surgimiento de las sociedades queda explicado como una consecuencia ineludible y “natural” del estado salvaje.

Convencido de que es al hombre y sólo a él a quien atañe la autoría de su destino (“los hombres en masas o individuos, siempre imprudentes y siempre codiciosos, pasando de la esclavitud a la tiranía, del orgullo a la bajeza, y de la presunción al desaliento, han sido ellos mismos los eternos instrumentos de sus infortunios”) (8), un postulado elemental servirá a Volney para observar al hombre desde dos perspectivas estrechamente unidas: el amor de sí mismo o principio de conservación (“principio de todo raciocinio”) es el motor que mueve al género humano (“motor de todas las artes y todos los placeres”) a fundar un estado de protección que le guarde de los peligros y dolores sufridos en salvaje sole-

(8) Pág. 55, ed. cit.

dad, y satisfaga el deseo de bienestar. Son las necesidades naturales las que guían los pasos humanos hacia la asunción de deberes y costumbres. En segundo lugar, y de acuerdo con el principio de conservación, el autor participa de la teoría sensualista de Condillac como base para defender unos criterios de conducta humana regidos por el placer y el dolor que harán de la moral una ciencia física. A la vez, y según la ley que hace depender deberes, producción material y costumbres de la necesidad natural, Volney se hace eco de la tradición empirista para afirmar que fueron las impresiones transmitidas por los sentidos las que, despertando las facultades humanas, produjeron gradualmente el entendimiento y, con él, la instrucción de la ignorancia.

Entrando en el apartado dedicado a la fundación y desarrollo de las sociedades, debe señalarse que, como buen ilustrado, nuestro autor se refiere a la libertad y la igualdad como dos atributos naturales al hombre: “son las bases físicas e inalterables de toda reunión de hombres en sociedad, y por consecuencia el principio necesario y engendrador de toda ley y de todo sistema de gobierno regular” (9).

NATURALEZA, SOCIEDAD Y GOBIERNO

Firmemente expresado en sus reflexiones sobre el hombre previo al agrupamiento con otros hombres, el principio de “amor de sí mismo” tiene la importancia de ser la máxima ley natural capaz de dictaminar el próspero o pernicioso desarrollo de las sociedades (“de la observancia de esta ley natural dependió la suerte de todas las naciones”) (10).

Las especulaciones de Volney acerca del origen de las sociedades hacen uso en su forma del método evolutivo –relato que explica determinada situación como efecto de un proceso descrito desde su génesis– y en sus contenidos de Hobbes (11). “Los primeros hombres, errantes, rodeados de riesgos, asaltados por enemigos, atormentados por el hambre y los reptiles, y acosados por bestias feroces, debieron sentir su debilidad individual; y movidos de una necesidad común de seguridad, y de un sentimiento recíproco de los mismos, reunieron sus medios y sus fuerzas (...); y de este modo los hombres se asociaron para asegurar su existencia, para aumentar sus facultades, para proteger sus goces; y el amor de sí mismo fue el principio de la sociedad” (12). Nos parecen suficientemente ilustrativas estas palabras de Volney para dejar que ellas mismas nos revelen las causas que condujeron a la creación de sociedades.

Constituido el hombre en sociedad, el autor se ocupará de reseñar las razones que originan los males sociales y las que han de cuidarse con vistas a la pros-

(9) Pág. 103, ed. cit.

(10) Pág. 36, ed. cit.

(11) Cfr. Thomas Hobbes, *Leviatan, o la materia, forma y poder de una república, eclesiástica o civil*, F.C.E., México, 1987. Sobre la seguridad de los individuos como fin del Estado.

(12) Pág. 29, ed. cit.

peridad de los imperios. Entre las causas promotoras de desgracias, la principal es la entrega a los excesos. No bastándose el hombre con “las dulces sensaciones que la Naturaleza había ligado a sus verdaderas necesidades” sintió codicia por los bienes ajenos. Esto desató el enfrentamiento de los “fuertes” (asociados para la opresión) contra los débiles (asociados para la resistencia). De igual modo que sostenido en la moderación y la prudencia el “amor propio” es fuente de placeres y de hermanamiento, excitado por el desenfreno despertó la codicia, que, junto a la ignorancia, es causa de todos los males humanos.

Quebrantaba la moral social, fue necesario instituir árbitros justos capaces de pacificar las discordias, y así nacieron convenios, reglas, medidas y leyes. A estos hombres entregó el pueblo la balanza de la justicia y la espada para castigar a los transgresores. Las leyes supieron templar el conflicto entre pasiones y aseguraron a cada uno su bienestar. Es en el respeto a la igualdad original y a la justicia donde se asienta el gobierno popular soberano propugnado por el político Volney.

No falta en el libro una tipología de las distintas formas de gobierno y los vicios que ellas generan cuando se desvirtúan en el servicio a la causa de la felicidad común. La peor forma de gobierno es el despotismo. En los tiempos en que éste reinó, los pueblos atribuyeron las causas de sus sufrimientos a “potencias superiores ocultas; y porque tenían tiranos en la tierra, supusieron que los había en el cielo, agravando así la superstición las desgracias de las naciones” (13). Los hombres buscaron la felicidad fuera de la tierra, despreciando de este modo las leyes naturales y, cayendo en el fanatismo, multiplicaron las ruinas.

HISTORIA DE LAS RELIGIONES Y ORDEN NATURAL

En los últimos capítulos, Volney analiza desde un punto de vista típicamente ilustrado la ineficacia de los rezos, oraciones y ritos religiosos, la utilización de la religión por parte de los poderes terrenales, y el escepticismo que despiertan las distintas religiones, todas seguras de poseer la verdad exclusiva. Frente a esto, el autor apuesta por la religión natural o deísmo.

Quizás la aportación mayor de Volney sea la de saber ilustrar sus opiniones contrarias a las religiones reveladas a través de un examen genealógico de los distintos tipos de religión, haciendo que entre ellas discutan cuál es la más cercana a la “verdad”. Partiendo del principio de que el hombre no adquiere ni recibe ideas sino por el intermedio de los sentidos, concluye que la idea de Divinidad no ha sido una revelación milagrosa de seres “invisibles”, sino una producción natural del entendimiento. Es este proceso de producción el que Volney intenta descifrar, colocando en su origen las potencias físicas de la Naturaleza, que fueron personificadas por el idioma y el entendimiento. “En una palabra, se reconoce

(13) Págs. 53-54, ed. cit.

que todos los dogmas teológicos sobre el origen del mundo, sobre la naturaleza de Dios, la revelación de sus leyes, y la aparición de su persona, son una relación de hechos astronómicos, o unas narraciones figuradas y emblemáticas del movimiento de la constelaciones (...), que la idea misma de la Divinidad, tan oscura y complicada hoy día no es en su modelo primitivo sino la de las potencias físicas del universo” (14).

Orientado por el propósito de Charles Dupuis, quien a su vez se inspira en Holbach y en el método genético condillaciano, nuestro autor compila ocho sistemas de religiones primitivas hasta llegar a la creencia en el Demiurgo, idea fundadora de actuales cultos religiosos, la religión de Moisés, de Zoroastres, el Brahismo y el Buddhismo.

Tras este repaso, se termina sosteniendo la tesis inicial; que no hay más autor de las creencias religiosas que las sensaciones y necesidades humanas, que no son sino las potencias físicas las que han servido de modelo a la idea de Dios, y que, de un modo u otro, todas las religiones han representado a su divinidad bajo la forma de las operaciones de la Naturaleza.

Sólo el conocimiento verdadero de los objetos que pueden someterse al cálculo de la experiencia, y a través de ellos, el acceso al orden natural puede servir al género humano a corregir sus errores y a perfeccionar sus conquistas. Deben los hombres fijar la línea que diferencia ilusiones y realidades, y comulgar esperanzados en “la religión de la evidencia y la verdad”, confesar en el credo de la observación detenida de la naturaleza, sus leyes y enseñanzas.

Damos final trayendo aquí un pasaje del propio conde: “En vano invocan al cielo y al profeta los verdaderos creyentes, pues el profeta murió, y el cielo despiadado les responde: “Cesad de invocarnos: vosotros os habéis cansado de vuestros males, curaos de vosotros mismos. La naturaleza ha establecido leyes, y a vosotros os toca cultivarlas: observad, racionad, aprovechad de la experiencia, lo que pierde al hombre es su locura, y la sabiduría lo que le salva” (15).

(14) Pág. 167, ed. cit.

(15) Págs. 74-75, ed. cit.

